

Eran los tiempos de la antigua entrada al Country Club: dos filas paralelas de cipreses podados como peones y alfiles; de la piscina rectangular con trampolines, la glorieta lateral, la estruendosa fuente. Recuerdo a mis primeros amigos, algunos también compañeros del inolvidable Kinder Mackenzie, como un niño sueco, Thomas. Con el recolectábamos flores para llevar a nuestras respectivas mamás. La acequia era un río para carreras de cáscaras de nuez que nos parecían galeones. Cuatro niños encuclillados en el borde, uno cayó al agua fangosa y acusó empujón: ¡fue el vikingo! Seguro era inocente, como esa vida feliz